

# Palabras para Mauricio

Dr. Alexander Jiménez Matarrita

8 de diciembre de 2023

Buenos días.

Es un poco raro saludarles en la voz de otro hombre. Pero ese otro hombre, Javier, quien lee estas palabras que yo he escrito para que ustedes las escuchen, es mi hermano. Es mi hermano desde que él era un adolescente y yo un joven profesor. Así que es como si fuera yo mismo pero con otra voz.

Dichosamente, Vanessa Smith hizo un dibujo completo y hermoso de la trayectoria de Mauricio Molina. Eso me permitirá dedicarme a divagar en torno de otras cosas. De manera especial, hablaré de su trabajo poético.

Pero antes de eso, quiero contarles que alguna vez Mauricio me confesó que él quiso ser, antes que nada, beisbolista y músico cantautor. Ya saben cómo es esto. Cuando alguien dice “yo quise ser” es que ya no lo fue nunca. De hecho, su carrera musical se redujo a tocar la trompeta en la orquesta de la Buenaventura Corrales y a disfrutar de la música de otros. Como beisbolista su principal logro fue el entusiasmo infantil con el que pudo observar la Serie Mundial entre Yankees y Dodgers en 1977 y 1978. Como ven un observador, un espectador, es decir, un teórico. En un libro del siglo primero, titulado *De la naturaleza de las cosas*, Lucrecio dice que eso le toca a la gente que se dedica a la filosofía: observar desde lejos las batallas y las cosas que ocurren en el mundo.

Pero luego hubo algo en lo que ya no fue más un espectador, sino un actor, un primer actor: la literatura. Mauricio Molina es un poeta. Es un poeta que tiene otros oficios, pero todos esos otros oficios, me parece, están marcados por una mirada poética del mundo, de los eventos, de los seres, y de los lugares.

Siempre que los he leído a solas, los poemas de Mauricio me producían un golpe de alegría o un dolor inesperado. Con sus poemas he leído, me he conmovido, he intuido mundos y vidas que no conozco y que no conoceré

nunca. Con sus poemas yo he aprendido a mirar el mar y a vivir las madrugadas de otra manera. Me he indignado y he llorado desconsoladamente.

Pero ahora que me gustaría explicarlo frente a ustedes, no sabría decir por qué reía, me conmovía, me indignaba y lloraba. Lo que puedo decir es que siempre he leído sus poemarios y poemas desde un tipo de admiración y desde una cercanía afectiva que me sigue conmoviendo. Mauricio es mi amigo desde hace muchos años y no tengo por qué esconder el poderoso lazo que nos une.

Mauricio tiene una erudición literaria, geográfica, filosófica, e histórica asombrosa. Se nota que hay en él un gozo especial por conocimientos exóticos o por una forma exótica de acercarse al saber. Pero su trabajo poético no es el de un sabihondo. En él los saberes y datos han sido domados, han pasado por el filtro de la belleza o del horror. Mauricio no tiene la pesadez del erudito polo. Y no tiene esa pesadez porque sabe que la literatura consiste en eso: en quitarle peso a las palabras y a la vida.

La poesía de Mauricio Molina, como toda poesía inteligente, está llena de humor y de ironía. Por supuesto, él no es un poeta fácil. De hecho, leerlo exige un esfuerzo doble pues en sus poemas hay muchas referencias cifradas. Quizá por eso, no siempre entiendo lo que él quiere decir. Pero no me angustio. No me hace falta entenderlo todo. Aún sin entenderlo plenamente, sus imágenes son para mí la entrada en un clima. Y en ese clima yo podría construir una tienda y quedarme a contemplar todo lo que sucede en sus poemas, pues éstos son artefactos en los cuales algo siempre está sucediendo.

La poesía de Mauricio Molina suele partir de una conjetura que se puede formular de esta manera: en este mundo hay otros mundos. Su poesía es una forma de entrar en todos los mundos que hay en este mundo.

Los poemas de Mauricio pueden ser leídos como guías contraturísticas. Están hechos no para llegar a ciertos lugares, sino para perderse en ellos. Además, él suele ver o intuir el envés de las ciudades, las madrugadas en las cuales esas ciudades corren el riesgo de disolverse. Eso pasa con Madrid y Venecia, con Bucarest y Lisboa, con Míkonos y El Cairo.

Este amor desmesurado por los países y las ciudades termina en narraciones poéticas que nos convencen de la siguiente paradoja: los verdaderos viajes solo comienzan cuando terminan. Los viajes solo ocurren cuando un poeta como Mauricio nos los cuenta en un poema. Esto puede enunciarse de esta otra manera: la escritura poética es el verdadero viaje.

Mauricio es el poeta de los años bárbaros, de sus propios años bárbaros. Mientras poetiza los recorridos frenéticos de su juventud, él logra narrar las búsquedas de las juventudes doradas, destrozadas por la fiebre de tener 20 años y correr en busca del mar y de ciudades falsas. Allí aparece todo lo que éramos y quisimos ser. También emerge lo que fuimos a buscar a lugares que no tenían nada para darnos. En los poemas de Mauricio es posible vivir la vieja ruta antigua de los hombres perversos y también la épica de los que querrían, como Quijotes imposibles, hacer coincidir el mundo con los libros.

Algunos de los amigos con los cuales fue a buscar las flores de esos paraísos ya no están. Pero Mauricio les sigue hablando pues envejecer es ir acumulando muertos.

En los poemas de Mauricio hay rastros de su propio envejecimiento. Esto es evidente en el modo como cuida, poéticamente, a esos amigos que le fueron arrebatados. Algunos de esos poemas son, al mismo tiempo, cantos fúnebres y reclamos de justicia.

Fuimos locos besos  
cabalgando bestias  
borrachos tiritando  
entre arcas y diluvios  
persiguiendo vino de coral  
entre los mares.

Mienten los que dicen  
que el demonio trajo a la mujer  
y al fuego de amor.  
Nosotros sabemos,  
querido amigo,  
que mojó tu corazón de pan  
en un lago sin memoria,  
escondió tus labios,  
te robó la vida.

Mauricio es también un cronista familiar que nunca explicita nombres. No hace falta, pues, al final, uno intuye quiénes van con él en este viaje tenso por encima de la muerte. Se trata de un poeta acompañado, bien acompañado.

Hay una mujer que está con él en los lugares que amó. Esta mujer, que pinta cuadros antiguos, lo acompaña a mirar mares extraños de madrugada y va de la mano con él cuidando un niño con un amor invencible. Y luego, siempre, cómo no, está ese niño de múltiples nombres, pequeño como una moneda, que vuelve la cara para reír, que es eterno en Colonia y que ve la nieve, y que un día tuvo 5 años y se negaba a hablar.

Hasta aquí el mundo poético de Mauricio.

Confiesa que otros campos como la estadística, la matemática, la psicología y las ciencias cognitivas, son pretextos para hacer filosofía aplicada. Algo similar diría del cine y de otras artes, en medio de las cuales permanece hundido gracias a Camilo, su hijo.

Dice que para él el saber tiene que ver con el deseo. Quizá porque intuye que saber y sabor vienen de la misma raíz. Y a él el saber le produce un goce especial, desde saber quién anda con quién hasta conocer qué significa conocer. Pero cada quien escoge aquello sobre lo que quiere saber. El, por ejemplo, aunque sabe que es imposible, quisiera conocer y ver todas las películas del mundo que merecen ser vistas, y saber que quisiera verlas con Camilo, su hijo amado.

La voluntad renacentista de coleccionar saberes reaparece en ciertas épocas y personajes. Conozco de cerca dos o tres de estos personajes. Cada país, cada facultad universitaria tiene los suyos. Los míos son dos o tres y son muy particulares. Uno de ellos vive en el siglo XVII y aún no lo sabe. Repite jergas, temas, y necedades de ese tiempo. Otro vive en lo que los viejos griegos llamaban la región sublunar. Y tampoco lo sabe. Durante muchos años uno podía tener avistamientos de este ser de otro mundo en Omar Kahyyam. Allí pasaba muchas de sus noches, solo, con una copa de vino y la mirada perdida en el infinito.

El tercero, este sí tendrá nombre, es Mauricio Molina Delgado. Mauricio, a diferencia de esos dos seres especiales, es de este mundo y de este tiempo. No recuerdo bien cómo lo conocí. Creo recordar que fue jugando fútbol. Mauricio es uno de esos intelectuales que han querido al fútbol, pero el fútbol no los ha querido a ellos. Estructuralmente incapacitado para practicarlo con un mínimo de elegancia y efectividad, Mauricio era un portero a quien uno siempre quería en el equipo contrario, no en el propio. Y era conmovedor observar su entusiasmo invencible a la hora de jugar. Y eso vale todo.

Con el tiempo conocí sus talentos y ello me llevó a proponerle que se acercara a la Escuela de Filosofía. Y a la gente de Filosofía me tocó convencerla de que Mauricio era un talento único que nos enriquecería sin medida. Y así fue.

### **Una historia de amistad**

El viejo Aristóteles, en un libro titulado *Ética para Nicómaco*, y que debería ser de lectura obligatoria para todos los institutos de investigaciones psicológicas de la Universidad de Costa Rica, enseña varias cosas acerca de los Fíloi (philoí), de las amigas y de los amigos.

Aristóteles dedica ese libro a pensar la estructura moral y sentimental de los seres humanos. Y tiene como horizonte de interpretación algo muy definido: nuestro deseo natural de ser felices.

Pues bien, frente a ese horizonte de interpretación, Aristóteles dedica dos de los capítulos de ese libro a pensar la amistad. Para él la amistad tiene que ver con la posesión de bienes de todo tipo. Y dice que para ser felices requerimos de diferentes tipos de bienes intelectuales, materiales, corporales. Pero dice que, aunque poseamos todos esos bienes sin amigas, sin amigos, la vida no es soportable.

La vida no se puede soportar sin Fíloi, sin amigas, sin amigos. Y dice más. Dice que son como un espejo en el cual podemos reconocer quienes somos. Los amigos hacen la vida soportable y reconocible. Pues bien, Mauricio es mi amigo. Su hospitalidad y generosidad sin límites me hacen la vida soportable.

Amigo de mi corazón, que vengan buenos tiempos para vos y para la gente que amás. Que sean tiempos jubilosos, tiempos luminosos, amigo de mi corazón.